

bello, de lo que aquella presenta, el artista ve el tipo real y, con los vuelos de la imaginación, completa la línea y el colorido que más se acercan á lo perfecto. De este poder creador y no imitativo, nace el artista, y por esto es exacta cuanto sublime y grande la definición de Bacón: *Homo additus nature*.

Encontrar la verdad dentro del infinito campo de lo ideal, es tanto más difícil, cuanto más en la obra humana tenga participación la facultad imaginativa, y aunque ésta no influyera de modo muy directo, el temperamento del artista y el instante psicológico en que concibe ó trabaja, modificarían la percepción artística. El alma, según su estado, así refleja las sensaciones del mundo exterior, como el árbol que proyecta su sombra, siempre distinta, siempre afectando diversa forma, según varía la posición del foco luminoso que con sus rayos lo hiera.

«El arte y la vida—dice un escritor mexicano—lo mismo entonces que en los tiempos de los vates helenos que imitaban Horacio y Virgilio; lo mismo hoy que mañana, serán risueños para el alegre, y dolientes para el triste.

El estado de ánimo refluirá eternamente en las obras del artista. En vano es buscar la causa que hace del genio un creador, bien sea una facultad de videncia del espíritu, bien una sensibilidad exagerada en la que tiene participación directa é inmediata la organización física, una verdadera enfermedad según la ciencia, un estado patológico: la *neurosis*; de todos modos, el estado morbo del artista, su temperamento, su estado psicológico y la influencia del medio, dejarán en la obra emprendida su sello particular, distinto y claro.

El medio, esa fuerza tiránica y educativa en determinado sentido; oleaje que nos rodea y azota incesantemente, que modifica nuestras naturales tendencias y que, á manera de la ola que desgasta pausada y acariciadora el peñón obscuro, acaso aborto plutoniano, transformando su primitiva y tosca forma, labra en nuestro carácter algo que va de acuerdo con la corriente de sentimientos y pasiones que informan los actos de los demás.

Así se explica la uniformidad de cabezas, de líneas, de rasgos, en las estatuas á las que vida dió, é inmortal por cierto, el cincel del arte griego. Los escultores helenos tenían la severidad del semblante como signo indispensable de la belleza. Era la majestad olímpica la que reflejaba el artista en aquellos mármoles que perduran á través de los siglos, como desafiando, con la gloria de su triunfante belleza, la devastadora acción de esa eterna y misteriosa caravana de horas, que cruza como el Olvido, indiferente, é implacable como el Destino, por la clepsidra de los tiempos.

La evolución en arte, como en todos los órdenes que á la vida moral y física se refieren, es ineludible, por más que como Campoamor afirma, el arte sea una colina á la que se sube por un lado para bajar por el opuesto y volver á ascender por el primero.

El espíritu artístico actual, busca ansioso el molde nuevo, sin abandonar del todo el reverente culto á la plástica antigua; pero haciendo siempre palpitar en la creación modernísima, las sensaciones características que hieren el espíritu en nuestros días, y la expresión y la manera de ser de la humanidad, llevada de victoria en victoria por los avances del siglo.

Por más que los moldes del arte pagano hayan sido únicos, y las creaciones del genio en la tierra que amó Byrón, incopiables, el progreso llevará sin duda el arte á quien sabe qué esplendorosa é ignorada cima. No debemos dolernos, como Alfredo de Musset, de haber llegado demasiado tarde y sí deplorar nuestro advenimiento prematuro.

El armonioso heleno, como le llamó Víctor Hugo, decía: «El bronce es héroe.» Parece que fué destinado para encarnar atletas, para presentar ante las multitudes las cabezas laureadas de los vencedores y de los mártires; para que fueran cinceladas en él, con líneas austeras y nobles, frentes pensadoras y glorificadas, para que en él se fundieran las águilas bravas y las cuadrigras olímpicas.

«Yo era Júpiter, Marte, Palas, Eros; Duraba tanto como un verso heroico Del gran Esquilo y para el noble griego Era la carne del hermoso Aquiles. Ese pueblo divino de ojos llenos De caridad sublime, honraba amante Mi alta virginidad, mi obscuro cuerpo. El leñador de Esparta no miraba Mi rostro sin alzarse alto y soberbio; Fuí de tal modo el alma de la villa Que «libertad» clamaba el pequeñuelo.»

Grito augusto y soberbio del bronce, que hoy al caer rojo y deslumbrante en el molde, halla casi siempre la raquífica figura de un usurpador de gloria, raquífica no sólo por los méritos ante la Historia, bien discutibles por cierto, del hombre hecho bronce, sí que también por las dimensiones y la corrección artística de la estatua.

Pasad, como el «Duque Job» el inolvidable, por esa calzada de la Reforma y, con raras excepciones, reiréis al contemplar la galería de estatuas que, para oprobio del buen gusto, comienza con los monstruosos atletas aztecas; reiréis del arte y del bronce.

Y no, no es que en México no haya escultores capaces y con mucho; es que éstos están educados en una enseñanza deficiente; los maestros repugnan todo aquello que de modernismo tenga apariencias, todo lo que tienda á salir de un arcaísmo del peor gusto, y esos jóvenes que de tan valiente manera se iniciarían en altas y verdaderas obras de arte, permanecen cohibidos, por más que el acicate de la inspiración más genial, los impulse y levante. Sin ambiente libre que respirar, sin modelos, y sin la emulación que hace perseverar y esforzarse al artista, no podrán ser sino lo que son, escultores mediocres, por el medio, ese círculo férreo que á veces encadena al genio.

Encerrad al águila en la jaula, y cuando alguna vez sea de nuevo dueña del espacio y aspire las auras de la libertad, con las heridas alas que azotó entre los hierros, sin fuerzas ya y sin brío, no podrá levantarse, si acaso no es que se olvide de volar; que la servidumbre, sea cual fuere, deprime y también envilece.

¿Cómo explicarse ese conservantismo que se opone á lo nuevo? ¿Es acaso el horror al mañana, que debe destruir lo de hoy, que á su vez pasa sobre las ruinas del ayer? Las grandes ideas, los nuevos principios que iluminan el camino que recorreremos, el progreso, imponiéndose majestuosamente, la perfectibilidad, que se desposa con el espíritu moderno, la fraternidad humana, que nos hace comulgar ante las mismas aras y con la misma hostia, la libertad, que desata los yugos y barrena y destruye añejas preocupaciones, todos esos vientos que acarician ó azotan tempestuosos nuestra frente, reclaman nuevos altares, nuevas plegarias, nuevas adoraciones, en el templo del arte. Los fetiches conservados en los polvosos rincones, deben caer, porque su culto es enojoso y paralizador. Ya á la puerta se agrupan entusiastas y ansiosos los rientes efebos que saludan y cantan á la aurora y saben reverenciar á los viejos y hermosos Dioses.

Yo exclamaré como Pérez Galdós:

«¡Pues qué! El siglo de las grandes redenciones, de las grandes conquistas intelectuales, el siglo del progreso, ¿puede en alguna manera ser enemigo del arte, que busca siempre los altos y más bellos ideales?»

Con el arte, tal y como lo sentimos al presente, puesto que la obra artística debe tener las palpitations de la vida, y ésta no se comprueba sino que se admira, se ama y se siente; con el arte de nuestros días, repito, por audaces que sus vuelos sean y por más que revolucione en manos de los fuertes y victoriosos, como el escultor francés Rodin, que ha abierto amplísimo horizonte al arte escultórico á pesar de haber tenido tremenda y fiera oposición, hasta el grado de no ser admitidas, en un principio, sus obras en el Salón, no hay que temer por los *chefs d'œuvre* del pasado.

«A cada evolución de un género artístico, dice el autor de «Examen de críticos», se ha llorado la muerte del arte, y éste, eterno é impasible, sigue su carrera, dejando ahí el Partenón y la clásica serenidad del verso griego; aquí la Alhambra y la policroma poesía de las Kásidas; allá los templos góticos con sus naves sombrías, en las que resaltan los amplios ventanales, donde parece que la luz se descompone y cuaja en santos de colores; allá la poesía de la Edad Media con sus leyendas y sus Cristos, que desde los nichos de piedra y á la luz parpadeante de las lamparillas, sorprenden lo mismo besos que cuchilladas. ¡Y quién sabe si mañana en esos enormes puentes que la moderna civilización tiende sobre los ríos americanos y que parecen dos gigantes arpas cólicas unidas por los extremos y suspendidas sobre el abismo, el viento, ese poeta de poemas sin palabras, zumbando en los colosales bordones, inspire á los poetas de otras edades la estrofa de nuestro tiempo, si es que nosotros no la hemos sabido cantar!»

La corriente moderna no cambiará el cauce del arte sino que lo irá ensanchando á medida que las necesidades y los gustos, depurados constantemente, exijan del artista nuevas creaciones. Aquellos que tratan de levantar valladares al espíritu moderno y encerrados en la ergástula de su esclusivismo sistemático, no ven ó no quieren ver más allá de las fronteras del arte que se han formado y petrificado, no son, ó al menos no merecen ser artistas, ellos no escuchan lo que las cosas cantan á los oídos que saben escucharlas, ellos no sienten la atracción del himno, que dijo Rueda, él que ha exclamado: «No puede variarse la esencia de los seres ni de las cosas, pero el molde sí; no reconocerlo sería negar la luz del día. Las escuelas y procedimientos de las bellas artes están diciendo esta verdad desde que el arte existe.

«Ha agregado la civilización moderna tanta nueva emoción á nuestra alma, se ha descompuesto en tales prismas lo que antes se ofrecía á los ojos como un solo tono, y adquiere todo tal importancia en el mundo artístico, que cada cosa, cada eco humano, cada átomo, dicen constantemente: «cántame, analizame, descríbeme, lleva mi voz á ese concierto, por que si no, estará incompleto el pentágono.»

La lira inmensa donde se canta el himno de lo bello, de lo sublime, de lo ideal, adquiere nuevas cuerdas y aunque en ellas vibrará siempre la canción del pasado, resonarán también arpeggios y armonías desconocidas que el genio sabe arrancar cuanto más sube en la escala de la belleza infinita.

Y cerraré esta primera parte de mi artículo, diciendo con Voltaire en su *Essai sur la poésie épique* y antes de penetrar en el estudio del artista mexicano á cuyas puertas acabo de llamar.

«Admirez les anciens, mais que notre admiration

ne soit pas une superstition aveugle; et ne faisons pas cette injustice à la nature humaine et à nous-mêmes de fermer nos yeux aux beautés qu'elle répand au tour de nous.»

II.

Penetré al saloncito que precede al estudio, aquí y allá objetos más ó menos artísticos y en un agrupamiento extraño. Sobre los muros oscuros los cuadros, las acuarelas, las panoplias de armas antiguas; por los rincones el busto de tonos morenos fundido en bronce ó el torso ó la cabeza cincelados en la nieve inmaculada del mármol y en todas partes ese aliento frío de claustro de las bibliotecas y de las salas de los museos, esa penumbra que es como el *peri-espíritu* de la sombra, ese silencio grave que sobrecoge al alma contemplativa y ese polvo que se tamiza á través de las rendijas de los ventanales, por las cerraduras de las puertas y que se desprende, impalpable y seco, para envolver en sudarios grises los arabescos dorados de un marco en el cual el arte plateresco hizo gala de sus primores, para obscurecer los tonos de un óleo ó escurrirse en los pliegues majestuosos de algún paño antiguo y rico.

Y detrás, el estudio, amplia sala de alta techumbre, con vitrinas clarísimas, estallante de luz, lleno de ese olor especial de la arcilla húmeda, con bocetos, manequés, modelos, proyectos, monumentos sin terminar y estatuas inconcluidas. Allí he sentido tristeza y esa inacabable nostalgia de arte al pensar en lo poco que la estatuaria ha producido digno de estima: algunos bajo relieves de los que ya habló el Duque Job; y de escultura en pleno relieve, en *ronde-bosse*, casi nada á estos últimos tiempos.

Tal parece que existe ese vicio en la educación pública de que ha hablado un artista, cuando dice: que el amor á la forma es una condición de la sabiduría, indiferencia que hace desdeñar el culto á la belleza. Entre los griegos el arte era una rama de la filosofía. Los sabios siempre han sido artistas. El culto á lo bello dignifica el espíritu, por el arte no quedan perdidos en las tenebrosidades insondables del olvido los grandes hechos y las grandes proezas de la humana especie. Bien sabido es que entre los antiguos pueblos era tal el culto por la perfección que se colocaban en los gineceos las figuras de Castor y de Pollux para que las mujeres tuvieran siempre el espectáculo de la belleza física. Pero cuán desconsolador es hoy ver que cuando se lleva el arte al mármol ó al bronce, es deficiente la mano del artista y su obra deja mucho que desear. Los estatuarios, propiamente dichos, puesto que escultor es el que talla en piedra ó en mármol con el cincel, los estatuarios que son los que funden en el bronce sus estatuas, los hijos de Rhœcus y Theodoro, quizá en nuestro país no logran dar los vuelos bastantes á su genio por la falta de medio artístico, ello es que con rarísimas excepciones vemos algo que se acerque al ideal que el arte persigue y busca.

Contreras, el joven Director de la «Fundación Artística Mexicana» entre lo mucho que ha fundido, verdadero alud de *bisutería* artística, de esa gran fábrica de hombres célebres que hoy tienen pedestal y forma broncea, algo ha dado que merezca aplauso y esto siempre que sin trabas ha dejado volar su fantasía. La hermosa estatua de Bravo, que, como notabilísimo rasgo, expresa las pasiones encontradas que agitaban al héroe, en el supremo instante en que sus labios se abrieron para pronunciar su perdón, acción ultraheroica que nadie ha imitado aún y que le hace digno de los tiempos del puritanismo heleno, muestra sobre el pecho ambas manos, la una abierta, con ese movimiento espontáneo de la clemencia, y la otra crispada

por la cólera, estrujando en las falanges contraídas por el dolor y la desesperación, el pliego que encierra en sus líneas la terrible verdad que le abrumba: la muerte de un mártir, el suplicio de su anciano padre.

La gran dificultad del *movimiento y la sobriedad del gesto* ha sido vencida gloriosamente en el Bravo. No, no será sólo la pintura que dijo alguien, la que... «évoquerá l'image du héros dans le milieu même où s'agitait son éloquence; il creusera sur sa toile le ciel de l'Attique et les profondeurs de la mer.» No, la estatua sabe también expresar, y de hábil manera, la pasión, ese huracán ensordecedor que cruza desencadenado y terrible sobre el alma, mar insondable y tremendo, que tiene colores y espumas como el oleaje. La estatua producida por Contreras, de pie y con las espaldas apoyadas en la base de un airoso obelisco, está coronada por un ángel que representa á la gloria, ángel obra del escultor catalán Sr. Hondedeu.

Obra también de aliento y que está para terminarse, es el monumento á la Paz, mandado hacer por el rico y floreciente Estado de Guanajuato ideado y modelado por Contreras.

La guerra, estatua sedente, abatida y en actitud que acusa impotencia y cansancio, yace apoyada sobre un hermoso capitel jónico, sobre el cual descansa el globo terrestre; al rededor hay unos genios, figuras casi desnudas y coronando el todo la estatua de la paz con el ramo de oliva en la diestra. El conjunto es harmónico y las figuras, sobre todo la que representa á la guerra, de una gran belleza.

El monumento será terminado, empleando para su construcción, el bronce y el mármol de Carrara.

**

Y ya que de escultura hablo, bueno será decir algo de la clase que de este arte se da en la Academia de Bellas Artes de San Carlos.

La clase fué servida durante 25 años por el profesor Sr. Noreña, sin que ni entonces ni hoy haya todavía dado un discípulo notable.

El profesor actual, Sr. Alciati, italiano de origen, hace brevísimo tiempo que está al frente de esa cátedra en nuestra Academia, y los frutos de su enseñanza no pueden ser conocidos todavía.

Sin embargo, prometen algo dos jóvenes escultores, Ocampo y Cárdenas. De este último es un Colón, estatua de grandes dimensiones que no carece de belleza y corrección, y que fué *tocada* por el profesor Alciati.

Ojalá que de esa clase estéril, surja el hombre que sepa fundir en el bronce duradero y con la corrección maravillosa del genio, las estatuas de nuestros libertadores, de nuestros héroes y de nuestros ingenios. Todos ellos aguardan aún al Fídias, que los haga vivir la imperecedera y gloriosa existencia del arte.

**

En la Fundación Artística Mexicana, se fundieron también dos hermosos leones de gran talla, que hoy adornan el pórtico del teatro « Juárez » en Guanajuato.

Aunque no son una obra maestra, sí acusan desde luego la intervención de una mano acostumbrada á modelar con arte y ejercitada en las correcciones de la línea y la curva.

**

Desde la época de Tolsa, la escultura ha venido decayendo lamentablemente, parece que nuestros escultores no han podido sustraerse, á la perniciosa influencia de los modeladores y tallistas de los siglos

XVII y XVIII, que dejaron en México las huellas de su imposible y falsa escuela. Qué raro es que no tengamos artistas, cuando en una exposición en la Academia, se exhiben al público *vaciados* en yeso, mandados broncear. Con razón un inteligente *amateur*, refiriéndose á esa indignidad, ha exclamado:

«Dejad al escultor ambulante, que en buena hora, para ganar su vida, cometa aberración tan grande, como la de reproducir en yeso bronceado la Venus de Canova, la Amazona de Augusto Kiss, ó la Juana de Arco de Francisco Rude; pero no permitáis, señores académicos, se exhiban las verdaderas obras de arte de este modo. El falso ideal en arte como en otras cosas de la vida, es tan nocivo, como nociva es en general toda impostura.»

**

Cuando la escultura dejando las proporciones naturales del hombre, trata como los egipcios de representar en un símbolo las creencias, la gloria ó el valor, llenos de misterios, recurre á las figuras colosales como buscando la idea de lo eterno, y el alto y profundo sentimiento de lo infinito. El artista entonces despierta el asombro, y parece que el ala inmensa de lo desconocido, azota al pasar nuestro espíritu. La inmovilidad del coloso, es espantable y fatal; ante él no pensamos en el movimiento perecedero, sino en esa solemne petrificación á través de épocas y de siglos. Superville dice que entonces se experimenta un sentimiento vago de terror.

Pero cuando el coloso, concebido fuera del ambiente artístico que informa las grandes concepciones, adquiere las formas repugnantes, groseras y ridículas del monstruo, hace que todo espíritu medianamente educado, en el culto estético, se llene de indignación, de esa justa indignación que provoca el desacato á la belleza. Todo esto he pensado ante los abortos inconcebibles de Casarín, que se levantan á la entrada de la Reforma, como un insulto vivo al arte ó como una terrible testificación de nuestra decadencia artística, que no ha logrado, en la escultura colosal, emular siquiera á los artistas primitivos que á través de los tiempos y el olvido, nos muestran aún en Uxmal sus gigantescas creaciones de piedra.

**

¡Cuán desconsolador y cuán triste es que en esta ausencia de arte, los pocos sacerdotes, que encender pudieran el fuego sagrado, emigren de nuestras playas, y lanzándose á través de los mares oscuros de la muerte, arriben á esas lontananzas desconocidas de donde nadie vuelve!

Acaso sintiendo la profunda nostalgia de lo bello, esa honda tristeza del ideal no alcanzado que embargó el alma soñadora y melancólica de Luis de Baviera, el príncipe enamorado del azul, *L'Art c'est l'azur*, el éfobo de las grandes fantasías;

«Rey solitario como la aurora
Rey misterioso como la nieve»

como le llamó otro soñador enamorado también del ideal, (el infortunado poeta Julián del Casal), Epitacio Calvo, el escultor mexicano, abandonó la miseria humana que encadena al artista, cruel y fatalmente.

Calvo, discípulo de Vilar, el autor del Colón que sobre humilde pedestal se levanta en la plaza de Buena Vista, murió el 5 de Abril de 1895, dejando un puesto entre los escultores de hoy, difícil de ser ocupado.

Calvo, fué pensionado á Roma por el Gobierno de la República, y de allá envió á la Academia diversas copias de obras maestras, entre otras sobresale el soberbio torso del Uliaso de Fídias. El proyectó un her-

